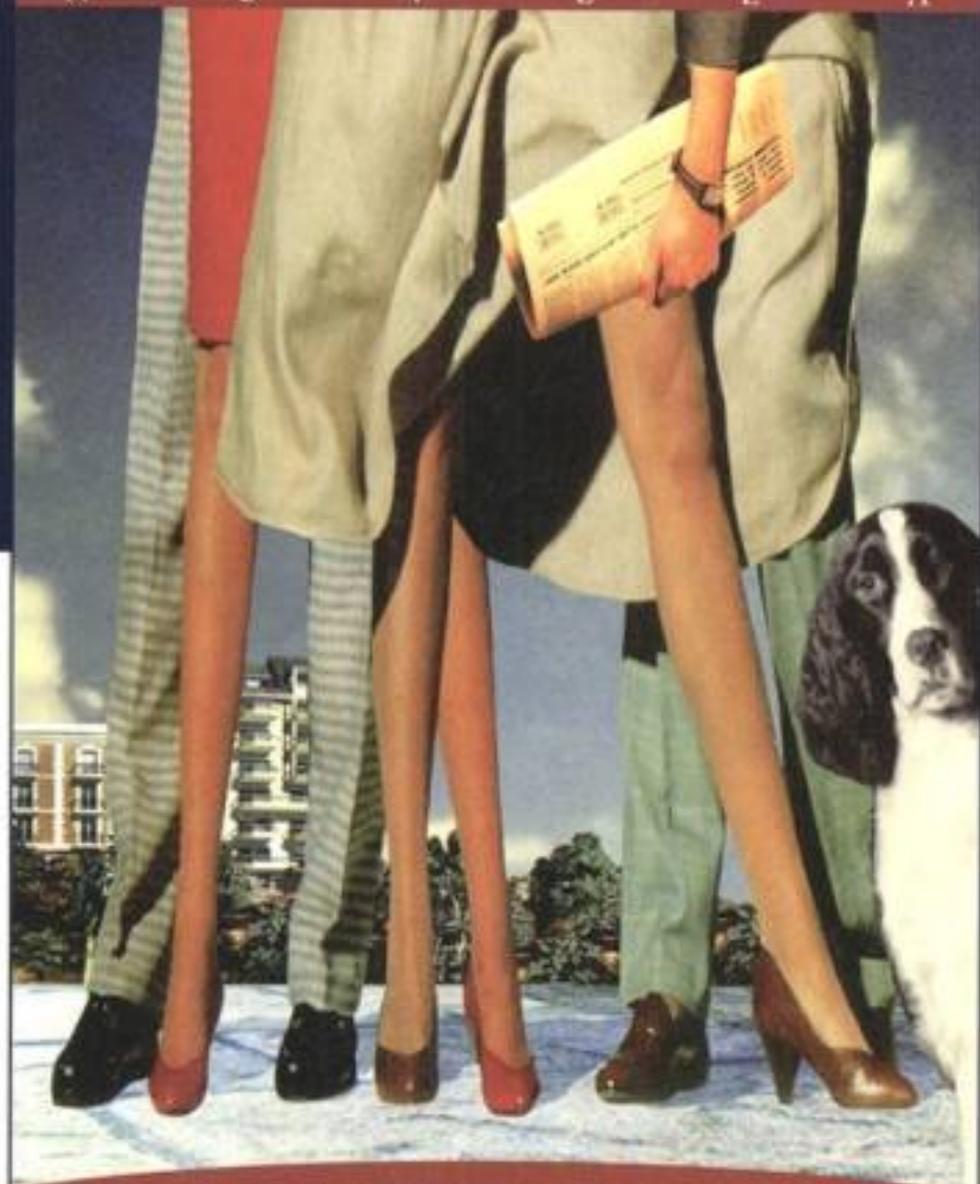


Adolfo Marsillach

Se vende ático

N O V E L A



PREMIO ESPASA HUMOR 1995

Con un manejo magistral del lenguaje dialogado y de los códigos humorísticos, Adolfo Marsillach narra en esta espléndida novela la historia de los amores y desamores cruzados de dos parejas que buscan un ático para comenzar una nueva vida. El autor, con esta ironía que le caracteriza, plasma con singular maestría los sentimientos, los tropiezos, las ilusiones y las emociones contradictorias de sus protagonistas, consiguiendo que el lector se vea constantemente reflejado en ellos.

A todas las mujeres con las que he convivido y a todos los hombres que ahora conviven con ellas.

Se quedó mirando a su ex mujer con esa curiosidad morbosa con la que algunos entomólogos observan a los insectos. Le costaba aceptar que aquella chica —¿chica?— que se había sentado delante de él en una de esas cafeterías que siempre huelen a calamares fritos aunque nunca frían calamares, y que ahora estaba bebiendo su café con leche a pequeños sorbos, fuese exactamente la misma persona con la que se casó hacía doce años. Y a la que, además, casi no había vuelto a ver desde que decidieron separarse amistosamente. La comprobación científica de este recuerdo no conseguía, en absoluto, emocionarle. Era una imagen confusa en la que se mezclaban sentimientos contradictorios. Algo parecido a lo que sucede cuando soñamos que estamos haciendo el amor con Ariadna Gil y de pronto descubrimos —también en sueños, afortunadamente— que quien comparte nuestra cama es Juan Hormaechea, ex presidente de la Comunidad Autónoma de Cantabria. La naturaleza en esto, como en otras cosas, no tiene entrañas.

El local estaba lleno porque era esa hora fantástica en la que todos los españoles y españolas —sobre todo si son funcionarios administrativos, empleados de banco o trabajan para cualquier tipo de institución pública o privada— deciden que, para soportar el peso de su atribulada existencia, deben conseguir urgentemente un pincho de tortilla y una caña de cerveza. Es una forma, tan admirable como cualquier otra, de lograr que el país —a pesar de todo— funcione. Porque no es verdad que los planteamientos económicos del Estado se basen en lo que los ciudadanos producen, sino más bien en lo que dejan de producir. Cualquier ministro de Economía sabe, aunque lo disimule, que el producto interior bruto es el resultado del número de puentes que se hayan establecido en el ejercicio anterior, del mucho o poco sol que haya hecho durante las vacaciones de Semana Santa, de las cenas profesionales que se

hayan celebrado en Navidad y de los montaditos —de jamón, lomo y atún— que se consuman en todo el territorio nacional entre once y doce de la mañana.

De modo que, de no haber sido por una camarera que había abierto una ventana de la cafetería que daba a un patio interior en el que se amontonaban los cubos de basura, la atmósfera hubiera resultado irrespirable. Con la ventana abierta también, pero, al menos, se producía un cierto alivio psicológico. Aprovechando esta feliz circunstancia, se atrevió a comentar:

—Bueno, ya está.

No podía considerarse una frase especialmente afortunada, pero, de momento, no se le ocurrió algo mejor. Tampoco la respuesta fue un milagro de elocuencia, así que la cosa quedó en empate:

—Sí. Lo han simplificado mucho.

Acababan de obtener el divorcio y habían coincidido en los pasillos del juzgado municipal en donde se cerraron los últimos trámites. Luego, a la salida, él, incomprensiblemente, la había invitado a tomar un café y ella, inexplicablemente, había aceptado. Por lo demás —y en un alarde de precisión que nadie me ha pedido— se podría añadir que esta historia empieza en un día de invierno y que sus protagonistas se llaman Germán y Julia.

—Tienes muy buen aspecto.

—Gracias, tú también.

Era mentira. O, en cualquier caso, lo era desde sus referencias personales. Es posible, sin duda, que para muchos hombres Julia fuera aún una mujer deseable y atractiva, y que Germán, para algunas mujeres, resultase simpático y seductor. Seguramente. Pero cuando dos individuos han compartido sus primeras ilusiones con las primeras letras del coche y los primeros plazos de la lavadora, la estimación sexual que se tienen mutuamente viene regida por haremos casi siempre insospechados. Germán veía en Julia unas arrugas que los demás no apreciaban y Julia observa-

ba en Germán unas ojeras que los otros no advertían. Todos envejecemos impudicamente para quienes nos hemos desnudado con frecuencia. Lo cual no nos impide continuar disimulando.

—¿Cómo sigue la casa?

A Julia, la pregunta de Germán le pilló de sorpresa porque no tenía el menor sentido. Preguntar a la mujer de uno, cuando ya ha dejado de ser la mujer de uno, por la casa de los dos, cuando ya no es la casa de los dos, parece más bien chocante. Le contestó, sin embargo, porque no en balde se consideraba una hija de buena familia educada en sólidos principios de urbanidad:

—Pues... como siempre: limpia.

—Me figuro.

—Nieves continúa viniendo a limpiar cada dos días.

—¿Y las plantas? ¿Han crecido?

—El filodendro está muy bien, pero a la benjamina le pasa algo: se le secan las hojas.

—¿La riegas con frecuencia?

—Sí, claro.

—No la riegues mucho: no es bueno.

—Ya lo sé.

Ella —Julia— lo sabía perfectamente entre otras razones porque él —Germán— se lo repetía a todas horas cuando estaban casados. Era uno de los motivos por los que había empezado a detestarlo. Bueno, quizás exagero. Tal vez no lo detestase. Es muy posible que tan sólo estuviera harta de él. Basta con eso. No es absolutamente necesario odiar al marido para pedir el divorcio. Ni desear su muerte. Ni planear un crimen en interesada complicidad con el dependiente de la tienda de la esquina que te trae las frutas y las verduras. No. Las mujeres acostumbran a separarse de sus cónyuges simplemente porque estos terminan poniéndose pesadísimos. Por ejemplo:

—¿Y Brandy?

—Mejor.

—¿Cómo mejor? ¿Le pasa algo?

—Nada importante. Le salieron unas manchas en la piel. Está tomando unas pastillas.

—¿Lo sacas a pasear?

—Cuando puedo.

—Debes hacerlo. Ese perro necesita correr. Está acostumbrado.

—Sí, pero yo trabajo.

—Todos trabajamos.

—Oye, ¡ya te he dicho que hago lo que puedo!

—Perdona.

Julia —no acostumbraba a hacerlo— había levantado un poco la voz, lo cual fue misteriosamente interpretado por la camarera como un signo razonable de que debía depositar la nota de los cafés sobre la mesa. Mientras Germán cumplía con el engorroso deber de sacar los billetes del bolsillo del pantalón, buscar algunas monedas y calcular, al mismo tiempo, la propina apropiada para parecer más rumbo de lo que realmente era, Julia le dijo de pronto, como quien no quiere la cosa:

—¿Has encontrado apartamento?

—No, todavía no.

—¿Sigues viviendo en un hotel?

—Sí. Todo lo que veo por ahí, o es muy caro o no me gusta.

—Pero ¿Marisa no tiene un piso?

Hay golpes al hígado que hacen daño y de los que no es fácil reponerse. Justo cuando la camarera se iba con el dinero, la cuenta y el platito, Germán contestó como pudo:

—Sí, claro; pero vive con su madre y yo no quiero vivir con su madre.

—¿Vais a casaros? Bueno, si no te apetece, no me contestes.

—No, no; no me importa. No sé... A ella le gustaría..., supongo.

—Ahora ya podéis.

—Sí, pero... Ya veremos. ¿Y tú?

—No, yo no. Definitivamente, no.

—¿Tan mal recuerdo tienes?

—¿Tú qué crees?

—Sí, qué pregunta tan tonta, ¿verdad?

La camarera trajo el cambio, Julia se levantó, a Germán estuvieron a punto de meterle una gamba en un ojo al pasar cerca de la barra y, para colmo de circunstancias adversas, cuando abrieron la puerta de la calle descubrieron que en el paseo de la Castellana, antes avenida del Generalísimo, estaba lloviendo.

—¿Dónde has aparcado el coche?

—He venido en taxi.

—Si quieres te acerco.

—No te molestes. No vale la pena.

—¿Vas muy lejos?

—A Argüelles.

—Me pilla bien. Te llevo.

—Vaya, muchas gracias.

Cuando Germán aceptó la invitación de Julia, no podía sospechar que su vida iba a cambiar tan lastimosamente.

* * *

Siempre he creído —o puede que lo leyera en algún libro y se me haya olvidado en cuál— que los coches son uno de los raros sitios en los que todavía es posible preservar nuestra intimidad. O por lo menos lo eran hasta hace muy poco, hasta que a alguien se le ocurrió inventar la horrerada de los teléfonos portátiles, o móviles, o como narices se llamen esos aparatos siniestros que se sienten en la obligación de informarnos rápidamente de todas las desgracias que, de otro modo, tardaríamos media hora en conocer. Gracias a este desagradable sistema, nos enteramos treinta minutos antes de lo que quisiéramos de la inspección de Hacienda que nos amenaza, del informe médico que nos asusta y de la visita familiar que nos aterra. Nadie en su sano juicio debería utilizar un artilugio que produce tan incómodas consecuencias, pero ya se sabe que los seres humanos llevan haciendo tonterías desde que empezaron a pintar en las paredes. De no ser —insisto— por esos teléfonos, la vida en los coches podría resultar incluso reconfortante: habría un tiempo para pensar en uno mismo, para no discutir con tu queridísima esposa —o esposo—, para no reñirles a los niños, para no ver —¡por fin!— la televisión y para soñar que algún día podremos tumbarnos al sol de Jamaica saboreando una interminable copa de piña colada. En este sentido, los largos viajes por carretera y los frecuentes atascos en las ciudades se convertirían en una especie de bendición pagana, en un placer sabroso y sensual. ¿Por qué tanta prisa por llegar adonde casi nunca nos espera algo bueno a la llegada?

La lluvia se deslizaba por el cristal con ese sonido bastante cursi que puso de moda Claude Lelouch en *Un hombre y una mujer*, aquella empalagosa película que se empeñaba en hacer poesía de lo obvio ignorando que la obviedad es ya poética por sí misma. Sería por esta reflexión, por cualquier otra o por nada, el caso es que Germán comentó repentinamente:

—Es una sensación un poco extraña.

—¿Cuál?

—Hacía tanto tiempo que no subía a este coche...

—Sí, claro.

—No lo has tapizado todavía.

Julia tuvo que realizar un meritorio esfuerzo para comprender el auténtico significado de las palabras de Germán.

—¿Cómo?

—Que no lo has tapizado. Te dije que lo tapizaras.

—No tengo tiempo para llevarlo a tapizar. Además, es carísimo.

—No creas. Yo conozco un taller que te lo haría por muy buen precio.

—Gracias, pero a mí me parece bien como está. O sea, que no pienso tapizarlo.

—Pues es una lástima. Es un coche muy cómodo y los coches hay que cuidarlos, ¿sabes?

Lo sabía. Sabía que los coches tienen que cuidarse, de la misma manera que no ignoraba que las benjamins conviene no regarlas demasiado. En contra de lo que algunos espíritus escépticos y malintencionados puedan sospechar, el matrimonio es muy útil para entender de automóviles y de jardinería. Por eso le aclaró a su ex marido con una sonrisa un tanto forzada:

—Si mal no recuerdo, esta mañana acabamos de divorciarnos legalmente. ¿Me vas a continuar dando instrucciones sobre todo lo que tengo que hacer?

—Está bien, está bien, no te enfades. Sólo intentaba ayudarte.

Pero Julia había decidido cortar la conversación.

—Argüelles... ¿Qué calle?

—Quintana... número veinticuatro. Es una agencia inmobiliaria.

—De acuerdo.

Giró a la derecha, un par de manzanas más arriba a la izquierda y, después de saltarse un semáforo en ámbar, detuvo el coche sin llegar a utilizar el freno de mano.

—El veinticuatro.

—Sí, aquí es. Te agradezco que me hayas traído.

—De nada.

Hubo una pausa. Una de esas pausas que en las novelas se resuelven con una descripción ambiental, en el teatro con una larga e inútil acotación del autor y en el cine con el primer plano de un florero. En cualquier caso, una pausa. Y, naturalmente, Julia se alarmó:

—¿Pasa algo?

—No, ¿qué va a pasar? Cuídate.

—Tú también.

—Y...

—También cuidaré las plantas y el perro. Descuida.

—No iba a decir eso.

—Entonces...

—Siento no volver a verte.

Si algún tipo estrafalario —pongamos Rappel, verbigracia— le hubiese pronosticado a Julia que su ex cónyuge Germán le iba a largar esta frase metido en su coche y a la puerta del número 24 de la calle Quintana —barrio de Argüelles— en Madrid, lo más probable es que le hubiera dado un ataque de risa por el que tuviera que ser ingresada en la sala de urgencias del «Ramón y Cajal». Pero no. De nuevo la realidad era más estúpida que la ficción. Se sobrepuso con dificultad, al tiempo que levantaba el freno de mano.

—¿Por qué no nos vamos a poder ver alguna vez? Somos amigos.

—Sí, pero ya nada será igual.

Aquí sí. Aquí sí que no pudo contenerse:

—Mira, Germán, justamente nos hemos divorciado para que nada vuelva a ser igual. ¿O no?

—Sí.

—Suerte.

—También para ti.

—Adiós.

—Adiós.

Cuando Germán bajó del coche, Julia arrancó de prisa y el freno se chamuscó un poquito. Inesperadamente, había dejado de llover.

* * *

Juan Antonio ejercía como médico, lo cual no puede considerarse como muy aclaratorio, aunque se añada que su especialidad era la cirugía del aparato digestivo. Lo único que tiene una decisiva significación es que Juan Antonio era y es un hombre casado. No me importa aceptar que el mundo está lleno —o casi— de médicos casados sean o no cirujanos y especialistas en resolver —o no— problemas de estómago. Lo que distingue a este Juan Antonio de otros juanantonios posibles es que, desde hace algún tiempo, se acuesta frecuentemente con Julia, a la que no está ligado con vínculo alguno jurídico o sacramental. Dicho de otro modo más claro, puede asegurarse, sin el menor error, que Juan Antonio es amante de Julia y viceversa. Y que, encima, la señora del cirujano está ya enterada o va a enterarse el día menos pensado.

—¿Qué tal fue?

—Bien. En realidad, el divorcio ya estaba concedido. Pura fórmula.

—¿Y Germán?

—Como siempre. Un poco más gordo. Parece que Marisa le da de comer mejor que yo.

—¿Viven juntos?

—No, todavía no. Están buscando piso..., creo.

—Eso deberíamos hacer nosotros.

—¿Por qué? Esta casa me gusta.

—A mí no.

Es difícil resultar convincente cuando se tienen las gafas puestas y se está leyendo el periódico. Quiero decir convincente para hacer, por ejemplo, una escena de celos. Aunque carezco de experiencia en estas cuestiones, me supongo que a ningún director de teatro se le ocurriría obligar a Otelo a asesinar a Desdémona hojeando el *Times*. Por si acaso —el arte dramático se ha puesto últimamente muy exótico—, Julia indagó:

—¿Estás celoso?

—Llámalo como quieras. Al fin y al cabo, este es un piso en el que vivíais los dos.

—¿Y qué? Ha habido una separación de bienes y ahora es mío. Únicamente mío. ¿Qué iba a hacer? ¿Regalárselo?

—No, desde luego, pero..., no sé... Me resulta incómodo venir aquí.

Había dos posibilidades: o abrir la puerta de la calle y decirle que se marchara, o ponerse mimosa y acabar de quitarse los zapatos que —sobre todo el derecho— le habían estado machacando todo el día. Sensatamente, optó por la segunda.

—¿Y yo? ¿También yo te resulto incómoda?

Juan Antonio sonrió de oreja a oreja y dijo cariñosamente, mientras apartaba sus gafas y dejaba caer el periódico al suelo con cierta obscenidad:

—No, tú, no: todo lo contrario.

Pero entonces fue y sonó el teléfono.

—Espera. Yo lo cojo.

Julia se sintió algo decepcionada porque el beso que había iniciado con su amante parecía, afortunadamente, prometedor. Apenas tuvo tiempo de seguir quitándose los zapatos porque Juan Antonio le dijo:

—Es Germán.

—¿Germán? Pero si he estado con él...

—¿Te pones?

—Pues..., bueno. ¡Qué remedio!

Julia tomó el auricular con una cierta prevención instintiva mientras Juan Antonio, inevitablemente curioso por la insólita llamada, intentaba disimular recogiendo sus gafas y el periódico. Las frases de Julia, interrumpidas por algunas pausas en las que se percibía la voz de Germán —ridículamente aflautada, según Juan Antonio—, no parecían presagiar nada bueno.

—¿Qué pasa? (pausa). Pero... (pausa). ¿Y por qué no me lo has dicho antes? (pausa). Está bien, pues dímelo ahora (pausa). Claro, ¿por qué no por teléfono? (pausa). ¿CÓ-

mo? ¿Te has vuelto loco? (*pausa*). Pero si ya hemos hablado hace un rato... (*pausa*). ¿Importante? Está bien, está bien. ¿Cuándo? (*pausa*). De acuerdo. A las ocho. No te retrases. Adiós.

La siguiente pausa fue todavía más larga. Juan Antonio se estaba tomando su tiempo —no había conseguido pasar ni una sola página del periódico— antes de indagar con una indiferencia hipócrita que él consideraba muy elegante:

—¿Qué quería?

—Hablar conmigo.

—¿No habéis hablado ya esta mañana?

—Sí, pero por lo visto se le ha olvidado decirme algo.

—¡Qué raro!

—¿Te parece?

—Un poco.

Después continuó, haciendo un esfuerzo inútil por aparentar que le interesaban los titulares de las noticias:

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué podía decirle? Que bueno. Hemos quedado mañana por la tarde a la salida de mi despacho.

Juan Antonio levantó los ojos del periódico y utilizó —como otras veces— un tono suficiente que a Julia no le gustaba un pelo:

—No es que pretenda meterme en lo que no me importa, pero opino que has hecho una tontería.

—Quizás. ¿Te preparo una copa?

Era un intento hábil de desviar el tema, pero de nada le sirvió porque él insistía en rematar el asunto:

—Cuando las cosas se acaban, se acaban. Es absurdo querer alargarlas.

—Está bien, no me riñas.

—No te riño. Ah, por cierto, la benjamina se está secando: ¿no será que la riegas demasiado?

A Julia el consejo le sonó tanto, que se detuvo en medio de la habitación sin saber a dónde dirigirse. Juan Antonio, tontamente, le dio una pista: